

Aun teniendo en cuenta, en las declamaciones de Amós, Oseas y otros profetas de aquel tiempo, esa exageración inevitable para el predicador entusiasta, no puede dudarse que el reino del Norte había caído, desde la ruina de la casa de Jehú, en una gran decadencia religiosa. El jehovahismo, mal conservado, se iba confundiendo con la idolatría. Los hombres sagaces como Amós y Oseas veían que esto dependía de la debilidad de la monarquía, y opinaban que el culto de un país no se establece sólidamente hasta que lo protege la realeza. Se apiadan de Samaria, que no ha podido conseguir una dinastía duradera, y llegan a creer que la de David será la única que represente el destino de la raza de Abraham. El papel teocrático y legendario de David va aumentando. La separación de las tribus del Norte, que había parecido un hecho político bastante lógico, se convierte en cisma, en crimen religioso. Se consideraba que Judá tenía como un título de legitimidad desde el doble punto de vista del culto de Jehová y de la monarquía, dos cosas que los profetas tienen por inseparables.

El jehovahismo con tendencia a fijarse entonces consiste sobre todo en la austeridad de las costumbres, en la represión del lujo, en un código estrecho impuesto a las mujeres; todo concebido, no como disciplina privada, sino como ley del Estado, cuyos guardianes son el rey y los príncipes. La sociedad es un todo solidario. Jehová la castiga o recompensa en conjunto. El hombre virtuoso es responsable del libertino, y está expuesto a que le castiguen por la conducta ajena, por lo cual debe vigilarla. Todo esto es contrario al liberalismo moderno y a la moral como la entendemos, pues nuestro principio más firme es la responsabilidad individual.

Ya que el jehovahismo de los profetas del siglo VIII pretendía ser la moral absoluta, era natural que se considerase religión buena para todos los hombres y se concibiera la esperanza de que todos se convertirían a ella. Tal idea crecerá cada vez más. Tiro, Egipto y Asiria se irán con Jehová.

El profeta Isaías contribuyó en grado sumo a la transformación que sufrió en la segunda mitad del siglo VIII el pensamiento israelita. A un purísimo sentimiento religioso unía un raro talento literario. Isaías es casi el único ejemplo de un gran creador religioso que al mismo tiempo fue un gran escritor.

No era el único profeta judaíta en la época que estudiamos. Junto a él vemos a Miqueas, que indudablemente fue un personaje de importancia. Sus ideas y su estilo son muy semejantes a los de Isaías, y en los escritos de ambos profetas se encuentran desarrollos idénticos.

Isaías fue el más importante de una serie de gigantes. Dio la forma definitiva a las ideas hebraicas. No es el fundador del judaísmo, pero sí su genio clásico. El lenguaje semítico llega con él a las combinaciones más elevadas. Isaías es un verdadero literato que escribe como un griego. El pensamiento y la expresión llegan en él a ese grado de perfecta unión

más allá del cual se comprende que se quebrará la expresión o se oprimirá el pensamiento.

Una perfección literaria como ésa supone una escuela. Indudablemente Isaías fue el producto de una cultura de lenguaje y de ideas iniciada tiempo atrás. En muchos casos no hace más que reproducir lo dicho por profetas anteriores. Al parecer debió de formarse en Jerusalén.

El vivir en un centro relativamente importante como Jerusalén y el relacionarse frecuentemente con la monarquía le inspiraron un tono más digno y moderado que el de los profetas del tiempo de Jeroboam II y Osías. Diversas veces estuvo en relaciones con la corte y fue consejero íntimo de la dinastía. Sin embargo, no pertenecía a la casta sacerdotal, de la que habla pésimamente algunas veces, como de gente que se daba buena vida con el dinero del templo. Estaba casado y tenía hijos. Sin funciones ni títulos oficiales, fue a lo largo de cincuenta años el alma inspirada, la conciencia actuante de Israel.

Al transformarse en fundador religioso y tribuno de justicia, no ha dejado Isaías por completo de ser *nabí*. Es adivino al mismo tiempo que publicista inspirado. Le buscan para adivinar el porvenir; algunas de sus consultas huelen a broma. En las invasiones asirias que se sucedían anualmente había tanta regularidad, que se trataba de prever su repetición, como la de fenómenos naturales. Indudablemente Isaías estaba bien informado, y, ayudado por su rara penetración, veía con gran claridad las cosas de su tiempo. Miqueas llama a los profetas «los vigías de Israel».

¿Cómo pudo aquel hombre, sin dejar de ser un santo y un héroe, apelar a los *signos*, es decir, a milagros mediante los cuales señalaba Jehová su acción particular? No se comprenderían las grandes cosas del pecado, si no se admitiera que el Oriente y la antigüedad tuvieron su manera especial de entender la razón y la honradez. Hombres cuyos nervios funcionaban igual que los nuestros, hicieron cosas para las que sería necesario hoy desprenderse de cuanto indica sensatez. Isaías, Jeremías, Jesús, San Pablo y Mahoma han existido. La crítica peor es la que se obliga a juzgarlos quitándoles la cabeza o el corazón, para explicar lo que fueron.

La inspiración individual, norma del judaísmo y del protestantismo junto a un poder creador extraordinario, tiene inconvenientes que no pueden ocultarse. En un estado social fundado como el de los antiguos hebreos en la fe en el enviado de Dios, eran inevitables los apuros más crueles, las disputas inacabables. Había inspirados para anunciar las cosas más contradictorias. ¿Cómo iban a distinguirse los profetas falsos de los verdaderos? La idea de un *signo* era la consecuencia de semejante dilema. El profeta que ejercía su misión mucho tiempo tenía que ser tau-maturgo algunas veces.

El profetismo israelita fue, por lo tanto, una especie de periodismo que hablaba en nombre de Dios. Salvó y perdió sucesivamente a las dinastías. Los profetas son al mismo tiempo modelo de patriotas y los peores enemigos de la patria. Muchas veces le impidieron poseer un orden civil, alianzas exteriores y ejército. Dirigieron contra el gobierno una ope-

sición a la cual no podía resistir ningún Estado. Pero, a pesar de todo, en último resultado crearon la importancia histórica de Israel. El profetismo fue un inconveniente para la vida política del pueblecillo que le confió sus destinos, pero fundó la religión de la humanidad. ¿Quién podrá ser severo para él...?